

DEJA DE FINGIR, MAMÁ

El sollozo de mi madre resonó por toda la avenida, en un abrir y cerrar de ojos la tuve lo suficientemente cerca como para ver las abundantes lágrimas que corrían por su rostro. ¿Cómo podía llorar así? ¿Cómo se atrevía a llorar así después de todo lo que me había hecho? Era mentira, a ella no le importo, nunca le he importado, estaba fingiendo, siempre fingía. Observé vagamente a la gente que se arremolinaba a mi alrededor, creí escuchar una sirena acercándose, pero eso no importaba, todas mis energías estaban puestas en mi madre, estaba tan concentrada en las gotas que caían por sus mejillas que ni siquiera reparé en las lágrimas que cubrían las mías, ni en los brazos que me sujetaban, ni en las cómodas sábanas que envolvían mi cuerpo. Mi madre estaba ahí, contemplándolo todo, lista para echarle un último vistazo a mis ojos antes de que estos se cerraran.

Escuché las zancadas que se acercaban rápidamente seguidas de un sonoro portazo. Mi madre cruzó corriendo la habitación, acortando el espacio que nos separaba. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, “de tanto fingir”, pensé. Colocó su bolso encima de mi cama y me observó detenidamente con una mueca de preocupación pegada a su semblante. Su mirada voló hacia la puerta cuando una enfermera entró en la pequeña estancia y pude apreciar como todas sus facciones cambiaban de preocupación a una profunda tristeza.

-Por favor, doctora, dígame que estará bien, por favor -rogó mi madre. Pero yo sabía que no lo decía en serio, solo le sacaba provecho a esta situación para poder interpretar su papel de víctima otra vez.

La doctora suspiró y deseé que le dijera que no, que no me recuperaría. Deseé que mi madre tuviera que volver a su rutina diaria sin mí, que se arrepintiera de todo esto. Deseé escapar de ella, de su fuerte agarre que me dejaba sin respiración. Deseé que le dijera que sí, recuperarme, darle otra oportunidad a mamá, que me pidiera disculpas por todo lo que me había hecho, perdonarla, y volver a cuando era una niña pequeña y mi madre me peinaba cada mañana solo para pasar tiempo conmigo.

Esperé, expectante ante la respuesta, cuando empecé a sentir los párpados mucho más pesados, tanto que tuve que cerrarlos. Y ese fue mi gran error, porque en cuanto mis pestañas se encontraron mi corazón se paró. Noté como mi vida se me escapaba, se resbalaba entre mis dedos, pude oír el grito que soltó mi madre justo antes de que todo se tornara negro, incluso en ese momento seguía fingiendo. “Deja de fingir, mamá”, fue lo último que pensé.